

JORNADA INTERDIOCESANA DE LA JUVENTUD

Mérida, Anfiteatro romano, 23 de noviembre 2024

Queridos hermanos en el episcopado, queridos hermanos sacerdotes, queridos jóvenes, verdaderos protagonistas de este encuentro de la Juventud de nuestra Provincia eclesial: ¡*El Señor os dé la paz!*

Ante todo bienvenidos a este encuentro que quiere ser festivo y gozoso y gracias por haber venido. Gracias también a los organizadores de esta *Jornada*.

Celebramos hoy la fiesta de Cristo Rey, una fiesta que cierra el año litúrgico durante el cual, hemos ido desgranando día a día, domingo a domingo, fiesta a fiesta, los hechos y dichos de Jesús. [Lo hemos hecho de la mano del Evangelio de Marcos, haciendo posible que la Palabra de Dios se convirtiera en nuestro punto de referencia, el centro de nuestra vida y de nuestra reflexión y, de este modo, pudiera ser, como dice el salmista, "lámpara para mi pasos, luz que alumbró mi camino" (*Sal 119, 105-111*).]

Una de las figuras con las que a lo largo de la historia se ha identificado a Jesús es la de Rey, una imagen que nos puede llevar a confusiones sino la entendemos correctamente. La pista para entenderla adecuadamente nos la dan las lecturas de hoy, particularmente el Evangelio, sacado del relato de la pasión, desde la cual y solo desde la cual, podemos situar la realización de Cristo.

¿Puede haber algún rey sin corona? Seguramente no. Jesús también tiene su corona, pero es una corona de espinas. ¿Puede haber algún rey sin trono? No, ya que el trono significa poder y dominio. Jesús también tiene su trono, pero el trono de Jesús es la cruz.

En el trance de la cruz Jesús se sigue comportando como transparencia de la misericordia divina, ejerciendo su oficio de salvador, siempre perdonando y siempre acogiendo. Es lo que ha sido la constante de su evangelio, la misericordia del Señor llevada hasta el extremo.

Jesús es Rey, sí, pero un rey diferente. [La realeza de Jesús no es como la de otros reyes. Jesús no es un rey por sucesión, no se impone sino que yo tengo que elegirlo. Jesús habla de un reino que no tiene nada que ver con el dominio y el sometimiento, nada que ver con el poder y la espada, sino que es el reino del testimonio de la verdad, y ese testimonio de la verdad sólo es

posible descubrirlo escuchando su palabra, interiorizando su mensaje, y después llevando a la práctica lo que él nos pide.]

Por eso la mejor manera de celebrar esta fiesta es hacernos hoy esta pregunta, ¿qué lugar ocupa Jesús en nuestro corazón?, ¿qué importancia tiene para mí lo que Él dijo y que escucho todos los domingos en la celebración?, ¿o quizá su lugar ha sido ocupado por otros reyezuelos que son los que dominan todo lo que hago, todo lo que digo y todo lo que pienso? ¿A quién he sentado en el trono de mi corazón? ¿Sobre qué o sobre quién edifico mi vida? Son buenas preguntas, y mejor, todavía, intentar responderlas.

Queridos jóvenes edificad vuestra vida sobre la roca firme que es Jesús. Dejad que Jesús entre en vuestras vidas, como entró en la vida de sus discípulos, de los santos y de tantos hombres y mujeres de buena voluntad. Contad con él a la hora de tomar decisiones importantes. *Abridle de par en par las puertas de vuestro corazón a Jesús* (Juan Pablo II), sabiendo que *cuando Jesús entra en la vida de un joven no quita nada, sino que lo da todo*, porque da el verdadero sentido a nuestra vida. Hoy, aquí en Mérida, a la sombra de este acueducto romano y de la mano de santa Eulalia, Jesús, que respeta profundamente vuestra libertad, os pide permiso para *entrar y hacer morada en vosotros* (cf. *Jn* 14, 23-27). Demostrad, con dichos y con hechos, que Jesús y su mensaje son significativos para cada uno de vosotros.

Y otra petición: sed fuertes y valientes. Dad razón de lo que creéis: “Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza” (*1P* 3, 15). No os dejéis llevar por la corriente, por lo que está de moda, pues, como dice un refrán que aprendí en el Lejano Oriente, *quien se casa con la moda pronto queda viudo*. Algunos os llaman la *generación cristal*, que es como decir, la generación débil, la generación que no sabe hacer nada por su cuenta. Demostradnos, como lo habéis hecho ahora en ocasión de la DANA, que no es así, que sois capaces de mucha, mucha generosidad, que sois capaces de soñar con un futuro distinto al que os ofrecemos la generación de los mayores. Descubrid el tesoro escondido del amor de Dios que se manifiesta en su corazón y que toma rostro y forma en una identificación vocacional concreta- la de formar matrimonios cristianos comprometidos, la vocación a la vida consagrada, la vocación sacerdotal-, y desde ella poder presentar el amor de Dios a esta generación y anunciar y construir el Reino de Dios a este mundo. ¿Te has preguntado alguna vez si el Señor no estará *pasando a tu lado*, como un día pasó al lado de los discípulos (cf. *Lc* 5, 1ss), y, *fijando su mirada en ti*, decirte como a ellos “sígueme” en una de esas vocaciones concretas de las que hemos hablado para ser una presencia evangelizadora significativa de la Iglesia? (cf. *Jn* 1, 35ss). ¿No será este el momento de preguntártelo?

Asumid, queridos jóvenes, vuestra vida como vocación, como corresponde a todo bautizado, pues por el bautismo formamos la *asamblea de los llamados*, formamos la comunidad de los que son llamados. Tened este acto de fe en el corazón, encended desde ahí la esperanza, porque la vocación está en el corazón de todos, todos, todos. El Señor crea y ama llamando y sigue llamando.

Alguien ha dicho que la única tristeza verdadera en la vida es la de no ser santos. Sed santos, pues como Iglesia formamos parte del Pueblo Santo de Dios y sus miembros, todos, somos llamados a ser “santos”: “Sed santos porque yo soy santo”, nos dice el Señor” (Lv 11, 45; 1P 1, 16). La santidad a la que estamos llamados no es un halo de los elegidos. Todos somos pecadores. Todos necesitamos ser perdonados. La santidad que se nos regala y se nos encomienda es una apremiante llamada a salir de la doble vida y de la misma mediocridad, a romper con el hombre viejo. La santidad a la que estamos llamados es el resultado de la unidad de vida guiada por el Espíritu.

Estamos en Mérida, en este año tan significativo para esta Iglesia particular y para toda la Iglesia de la Península Ibérica, pues como dijo recientemente el Santo Padre *Mérida es la cuna del cristianismo hispano-lusitano*. Eulalia, santa Eulalia, vecina que fue de esta ciudad, nos da un ejemplo de valentía, de *parresía*, de nadar contracorriente. Ella prefirió derramar su sangre por testimoniar su fe en Jesús, antes que ofrecer incienso a los dioses romanos. Ejemplo el de esta Niña Mártir de valentía, de una opción seria por Cristo.

Por otra parte, el próximo año será canonizado un adolescente y nombrado patrono de los internautas: Carlos Acutis. Un santo muy actual, de nuestros días, y joven como vosotros que nos dice con su vida que ser santo no es ser un hombre o una mujer raros. Es simplemente estar donde el Señor quiere que estemos y vivir siempre como discípulos y misioneros de Jesús. Él amaba el deporte, la natación, el alpinismo, pero amaba sobre todo al Señor y a la Virgen, por ello construyó su vida sobre dos pilares: la Eucaristía y la devoción a la Virgen. Te dejo una vez más con esta pregunta: ¿Sobre qué estás construyendo tu vida? Deja que resuene en tu corazón una y otra vez esta pregunta.

Estamos en vísperas del adviento, el tiempo litúrgico que nos prepara para la Navidad. Os animo a participar en vuestras parroquias a la preparación de la venida del Salvador., recordando que siempre es Navidad cuando un hombre o una mujer acogen en su corazón al Señor que viene para habitar en nuestros corazones.

Fiat, fiat, amen, amen.